



Cuadernos del CENDES
ISSN: 1012-2508
cupublicaciones@ucv.ve
Universidad Central de Venezuela
Venezuela

Pérez, Pablo Ernesto; Chena, Pablo Ignacio; López, Emiliano
Los ciclos económicos en perspectiva heterodoxa Una interpretación alternativa del auge y la recesión
en Argentina (1993-2009)
Cuadernos del CENDES, vol. 30, núm. 84, septiembre-diciembre, 2013, pp. 57-83
Universidad Central de Venezuela
Caracas, Venezuela

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=40330936004>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica
Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

Los ciclos económicos en perspectiva heterodoxa Una interpretación alternativa del auge y la recesión en Argentina (1993-2009)

PABLO ERNESTO PÉREZ
PABLO IGNACIO CHENA
EMILIANO LÓPEZ*

pp. 57-83

Resumen

El artículo propone una interpretación diferente respecto de las causas del auge y la recesión en Argentina durante el período 1993-2009. A partir de los esquemas de reproducción de Marx se ordenan diferentes enfoques heterodoxos del ciclo de la producción y el empleo en dos esferas: la de la producción, en la cual se genera el valor, y otra relacionada con la circulación de las mercancías, donde el valor se realiza. Se discuten los aportes de los teóricos del subconsumo y del ciclo keynesiano del multiplicador-acelerador, los efectos del conflicto distributivo sobre los beneficios desde una mirada marxista y otra post-keynesiana, y las fluctuaciones generadas en la sobreacumulación del capital, en las desproporciones sectoriales y en la dinámica de «*stop and go*», propia de las economías latinoamericanas.

Palabras clave

Ciclos económicos / Perspectiva heterodoxa / Argentina

Abstract

This paper proposes a different interpretation of the causes of growth and recession in Argentina during the 1993-2009 period. Beginning with Marx's reproduction schemes, we organized the heterodox approaches to the cycle of production and employment in two spheres: that of production, in which the value is generated, and other related to the circulation of goods, where the value is carried out. We will discuss the contributions of the theorists of underconsumption and of the Keynesian multiplier-accelerator cycle, the effects of the distributive conflict on the benefits (from both a Marxist and a Post-Keynesian point of view), and the fluctuations generated in the over accumulation of capital, in the sectoral disparities, and in the dynamic of «*stop and go*», typical of Latin American economies.

Key words

Economic cycles / Heterodox perspective / Argentina

* Pablo Ernesto Pérez: docente de grado y posgrado en las universidades de La Plata y Lomas de Zamora, Argentina.

Correo-e: paperez@isis.unlp.edu.ar

Pablo Ignacio Chena: docente de grado y posgrado en las universidades de La Plata y Lomas de Zamora, Argentina.

Correo-e: pablochena@gmail.com

Emiliano López: docente de la Universidad Nacional de La Plata, Argentina.

Correo-e: emiliano_lopez@speedy.com.ar

Introducción

El presente artículo reabre la discusión sobre el ciclo económico en la Argentina para proponer una mirada diferente a las tradicionales respecto de las causas del auge y la recesión durante el período 1993-2009. En las perspectivas asociadas a la corriente principal de la teoría económica, los determinantes de los ciclos de auge y recesión en la economía argentina se asocian a la reducción brusca de los flujos de capitales externos que provoca la crisis de balanza de pagos (Calvo y otros, 2003), a la reducida productividad que posee la economía argentina debido a su inestabilidad institucional (Kydland y Zarazaga, 1997), o bien a la laxitud de las reglas monetarias y fiscales (Fanelli, 2011; Kaminsky y otros, 2004).

En contraposición a estas perspectivas, proponemos aquí una síntesis de teorías sustantivas de carácter heterodoxo que permiten un estudio que excede las visiones que buscan los fundamentos del ciclo en las desviaciones de la política económica o en causas externas por completo a las economías nacionales. En este sentido, la síntesis que planteamos en este artículo intenta dar cuenta del carácter endógeno de los ciclos de auge y recesión en las economías capitalistas periféricas.

Para otorgar cierta unidad a las perspectivas aquí propuestas, partimos de los esquemas de reproducción de Marx, lo que nos permite ordenar los diferentes enfoques heterodoxos del ciclo económico en dos esferas diferenciadas, pero íntimamente relacionadas: la esfera de la producción, en la cual se genera el valor, y otra relacionada con la circulación de las mercancías, donde el valor se realiza.

El esquema propuesto se focaliza en los determinantes de los movimientos cíclicos a través de tres ejes que reflejan las contradicciones en la dinámica de la acumulación de capital: 1) las fluctuaciones en demanda efectiva, 2) los conflictos distributivos y 3) los diferentes desequilibrios en la estructura productiva. En el primero de ellos se destacan los aportes de los teóricos del subconsumo y del ciclo keynesiano del multiplicador-acelerador; en el segundo se discuten los efectos del conflicto distributivo sobre los beneficios desde una mirada marxista y otra post-keynesiana, y en el tercero se explicitan los ciclos generados en la sobreacumulación del capital, en las desproporciones sectoriales entre las industrias de consumo e inversión y en los ciclos de «*stop and go*», propios de las economías capitalistas subdesarrolladas con estructuras productivas semiindustrializadas y exportadoras de bienes primarios.¹

¹ Sin duda la síntesis teórica propuesta puede dar lugar a ciertos problemas de compatibilidad, pues no necesariamente los diferentes enfoques heterodoxos parten de las mismas premisas o marcos metateóricos. Sin embargo, creemos que poner en diálogo teorías sustantivas sobre los determinantes del ciclo puede ser un aporte para la comprensión de las múltiples dimensiones que atañen a este fenómeno en las economías capitalistas periféricas a través de la puesta en relación de las esferas de la producción y la circulación, que en la mayoría de los enfoques, aun en los heterodoxos, quedan desarticuladas por completo.

Seguidamente, a partir de estos ejes teóricos se discute el ciclo económico argentino de la convertibilidad y la posconvertibilidad.

El ciclo de la demanda y la acumulación

La circulación de mercancías en las economías capitalistas se encuentra sujeta a una serie de fluctuaciones que impactan directamente en la producción y el empleo. Los enfoques que presentamos aquí acuerdan en que las fluctuaciones cíclicas de las economías capitalistas se explican, principalmente, por la incapacidad para realizar el plusvalor generado en el proceso productivo.

El subconsumo como contracara de los salarios bajos

El punto de partida de las explicaciones «subconsumistas» de los ciclos económicos se sustenta en la imposibilidad de valorizar el capital en la esfera de la circulación (Sweezy, 1982).

La crisis de realización que se expresa directa y exclusivamente en la esfera de la circulación (hipótesis de subconsumo) la explicaremos, de manera simplificada, a partir de los esquemas de reproducción ampliada que Marx (2007) desarrolla en el tomo II de *El capital*. Dichos esquemas se basan en un sector productor de bienes de producción (rama I) y un sector productor de bienes de consumo (rama II), en cada uno de los cuales el valor total generado se expresa como capital variable (V), capital constante (C) y plusvalor (S). En la situación de reproducción ampliada, los capitalistas invierten más allá de lo necesario para reproducir el capital constante circulante (consumido en cada ciclo del capital) y destinan una parte del plusvalor a aumentar el capital constante fijo y la fuerza de trabajo, para lograr así incrementos del valor total producido en el período siguiente. Suponiendo, tal como lo hace Marx, que los trabajadores consumen todo su ingreso, podemos dividir la plusvalía de cada rama en lo que los capitalistas gastan en mantener el nivel de consumo que obtuvieron en el período previo, en incrementar el capital variable, en aumentar el *stock* de capital constante y, por último, en incrementar su propio consumo.

El esquema de reproducción ampliada mencionado nos permite extraer una primera conclusión propia de los teóricos del subconsumo: la demanda de bienes de consumo regula la producción total. Esta es, sin duda, la posición de Sweezy (1982). Para dicho autor, los cambios en la rama I se manifiestan en cambios en las posibilidades de producción de bienes de consumo (rama II). La tendencia al incremento de la composición del capital (mecanización creciente) implica una capacidad productiva creciente en la rama de bienes de consumo que no se traduce en un incremento de la demanda de dichos bienes, puesto que los aumentos de la capacidad productiva no se correlacionan con una mejora de la participación de los asalariados en el ingreso y, por tanto, en la capacidad de consumo de los trabajadores. Esto es, con la acumulación de capital la tasa de explotación se incrementa a través de una

dinámica de crecimiento acelerado de la rama I que favorece, a su vez, el crecimiento más rápido de la producción de bienes de consumo (rama II). Dado que los asalariados reducen su participación en el valor producido, la mayor capacidad productiva no «crea su propia demanda», como lo predecía la ley de Say, puesto que son los trabajadores los que destinan la mayor parte de sus ingresos a la compra de bienes de consumo. La incapacidad de realizar el valor generado en un período provoca una reducción de la inversión en el período subsiguiente, lo cual ocasiona una reversión del ciclo expansivo.

Como lo sintetiza Sherman (1979), la dinámica de los ciclos de subconsumo es la siguiente: en el auge aumenta, a través de la mecanización y el mayor poder relativo del capital, la tasa de explotación. Este incremento de la tasa de explotación significa, en términos modernos, una caída de la participación de los asalariados en el producto, lo que conduce, por su parte, a un incremento de la tasa de ganancia. Dado que los asalariados tienen una propensión a consumir muy superior a la de los capitalistas, la demanda de bienes de consumo en relación a la demanda de bienes de producción cae para la economía como un todo. Por último, la insuficiencia de demanda para la rama de bienes de consumo lleva a la imposibilidad de realizar el plusvalor realizado y, por su intermedio, reduce la inversión en capital constante y variable. Esta caída de la inversión en capital constante y variable desemboca en una recesión económica (reducción de la tasa de crecimiento del valor producido) con su consecuente impacto en el empleo.

Cabe señalar dos cuestiones relevantes sobre este enfoque de los ciclos, que son analizadas por Devine (1983). En primer lugar, la dinámica del subconsumo no es, desde esta perspectiva, «accidental» ni corresponde a causas exógenas, sino que siempre se encuentra presente en las economías capitalistas. En ocasiones se manifiesta como crisis profunda y en otras como recesiones menores. En segunda instancia, para que tenga sentido el enfoque del subconsumo en la determinación de los ciclos económicos se requieren dos supuestos clave: el capital tiene por objeto la producción de bienes de consumo y, por otra parte, la economía debe ser abundante en fuerza de trabajo (presupone la existencia de un ejército industrial de reserva).²

El ciclo de la inversión y la economía keynesiana

Keynes contribuye a la comprensión de los ciclos económicos fortaleciendo la postura que indica que las variaciones en la inversión son su causa fundamental. El nivel de actividad

² En una variedad de trabajos, tales como Luxemburgo (2007), Baran y Sweezy (1988), entre otros, las incapacidades crónicas de valorización que el subconsumo genera en las economías capitalistas pueden ser resueltas mediante la inclusión a la lógica capitalista de esferas no capitalistas tales como las colonias de los países centrales. Sin embargo, estas explicaciones se relacionarían más al potencial estancamiento a largo plazo de las economías capitalistas que a la dinámica cíclica de auge-recesión-recuperación (Sherman, 1979).

económica fluctúa porque varía la demanda agregada, pero mientras el consumo parece ser relativamente estable, la inversión fluctúa fuertemente porque depende de las previsiones volátiles de los empresarios. No obstante, el papel de la función de consumo es esencial, dado que cambia radicalmente la explicación de los puntos de inflexión de las fluctuaciones (Estey, 1962): la expansión termina porque el consumo no aumenta tan de prisa como el ingreso y la contracción llega a su fin porque el consumo no se reduce tan rápidamente como el ingreso.

Las fluctuaciones cíclicas se explicarían por el doble juego que implica, por un lado, que los cambios en la inversión se trasladen al ingreso y al empleo en forma amplificada (efecto multiplicador) y, por otro, que los ingresos y beneficios del período actual influyan sobre las decisiones de inversión en el futuro (Bhaduri, 1991).

Sin embargo, la simple retroalimentación entre beneficios (o ingresos) e inversión genera movimientos acumulativos que se retroalimentan en una sola dirección (expansión o recesión) y, por lo tanto, solo a través de shocks exógenos aleatorios se podrían explicar las fluctuaciones económicas (ibíd.). Para evitar esta dificultad que surge al intentar una explicación endógena de los ciclos económicos, autores como Samuelson (1939) y Harrod (1936) propusieron una función de inversión con un principio de aceleración en la demanda de bienes de capital.

El principio del acelerador establece que los incrementos en la actividad económica del período anterior son la causa de la demanda actual de bienes de inversión. Esto se debe a que las mayores ventas (producto del incremento en los ingresos) se corresponden con un aumento en la utilización de la capacidad instalada en las empresas, lo cual permite aumentar la tasa de beneficios sobre el capital invertido y esto estimula la acumulación. Matemáticamente lo anterior se puede expresar de la siguiente manera (Bhaduri 2001):³

$$I_{t+1} = a + b(Y_t - Y_{t-1}) \text{ con } a \text{ y } b > 0;$$

Dicha ecuación tiene la gran ventaja de que permite que fuerzas contrapuestas afecten la decisión de invertir: «desde que Y_t tiene un efecto positivo y Y_{t-1} un efecto negativo sobre la inversión del período siguiente I_{t+1} , el principio de acelerador, en conjunto con el efecto multiplicador, pueden dar lugar a fluctuaciones en el nivel de inversión e ingresos bajo ciertos valores de los parámetros» (ibíd., 178).

Otros autores vieron en el modelo del multiplicador-acelerador el problema de que no logra explicar la reversión del ciclo (del auge a la recesión y de la recesión al auge) de

³ Para una crítica al principio del acelerador ver Sherman (1979) y Sawyer (1985).

manera endógena. Para resolver este problema, Harrod (1936) optó por incorporar a su modelo, junto a los dos efectos anteriores, lo que llamó «determinantes dinámicos», que son fuerzas que surgen en la expansión del ciclo y que lo limitan hasta cambiar su tendencia. Dichos efectos son: 1) el incremento en la propensión a ahorrar producto del aumento del ingreso real, 2) la distribución del ingreso a favor de las ganancias (y el consecuente ahorro forzoso) que generan los aumentos de precios por encima de los salarios, y 3) el hecho de que el monto de capital por unidad de producto tiende a crecer a tasas decrecientes durante la expansión, debilitando la demanda de inversión. Estos «determinantes dinámicos», en interacción con los efectos multiplicador-acelerador, aumentan la proporción del ingreso que se ahorra y debilitan la inversión hasta marcar un punto de inflexión en la fase expansiva del ciclo. Para la fase recesiva dichos efectos actúan en sentido contrario hasta cambiar nuevamente la tendencia.⁴

El conflicto distributivo como causa del ciclo económico

La insuficiencia de demanda, ya sea provocada por la imposibilidad de consumo masiva que la dinámica del capital impone o bien a causa de la volatilidad de la inversión ante la imposibilidad de realizar cálculos certeros acerca de los rendimientos futuros, no toma en cuenta un aspecto relevante de las economías capitalistas: los conflictos entre clases.

Los enfoques que planteamos en este apartado destacan la importancia de estudiar los ciclos de más corto plazo de las economías capitalistas a partir de la dinámica que adquiere el conflicto social entre las dos principales clases que conforman la sociedad: capitalistas y trabajadores.

Estrangulamiento de ganancias y lucha de clases

Desde una perspectiva marxista, el enfoque del ciclo centrado en el conflicto a nivel del «mercado de trabajo» parte del análisis propuesto por Marx (2004) en el capítulo XXIII de *El capital*. Allí desarrolla la relación entre la acumulación de capital, el «ejército industrial de reserva» y los salarios, más allá de las grandes tendencias de las economías capitalistas. Aquí surge la idea de que la acumulación de capital requiere del incremento del empleo (fuerza de trabajo vivo) y, por su intermedio, los salarios pueden crecer por simples aumentos de la oferta de fuerza de trabajo que exceden el crecimiento de población obrera. Sin embargo, Marx reconoce que la acumulación de capital posee una tendencia inmanente a la generación de la «sobrepoblación relativa» de trabajadores, que asegura las posibilidades cíclicas de valorización. Así, las fases de auge, estancamiento y recesión de la producción

⁴ Otros autores han propuesto resolver el problema planteado a través de la inclusión de no linealidades en el mecanismo del acelerador (Goodwin, 1951; Kaldor, 1940).

se asocian, desde esta perspectiva, a la existencia de un ejército industrial de reserva de desempleados.

Los trabajos que intentan explicar el ciclo económico a partir de la dinámica de la lucha de clases parten de las intuiciones básicas de la obra de Marx que aquí comentamos. Autores como Boddy y Crotty (1975) y Goldstein (1985) han desarrollado modelos y aproximaciones empíricas que permiten explicar la dinámica cíclica de la economía capitalista desde este enfoque.

Para estos autores, en la fase exitosa del ciclo, el crecimiento del producto genera un incremento de la fuerza de trabajo empleada en la producción y, por tanto, una reducción del ejército de reserva. En esta situación, el poder de negociación de los trabajadores mejora sustancialmente, lo que permite incrementos salariales significativos (mayores a los incrementos de productividad) que se traducen en una reducción de la tasa de explotación y, por su intermedio, en una recomposición de la participación de los salarios en el producto, lo que lleva al estancamiento de la tasa de ganancia.

Así, la incapacidad de valorización del capital se encuentra subordinada a la evolución de la lucha de clases entre trabajadores y capitalistas. En la fase de expansión el poder de negociación relativo de los trabajadores aumenta a tal punto que los incrementos salariales «estrangulan» las posibilidades de obtención de ganancias por parte del capital (Boddy y Crotty, 1975). El momento en el cual se anula la posibilidad de generación de ganancias representa el inicio de la fase recesiva del ciclo económico-político, que, vía la recomposición del ejército de reserva de asalariados, logra desarticular el poder de negociación de los trabajadores y restaurar la rentabilidad del capital. Cuando la fase recesiva concluye, el ciclo puede reiniciarse con similares características, puesto que los costos laborales se ven significativamente reducidos al verse diezmada la fortaleza de los trabajadores.⁵

Esta explicación de los ciclos endógenos en la tradición marxista ha tenido una gran relevancia para explicar la crisis del capitalismo central luego de los «Treinta Gloriosos», y las nociones básicas han sido retomadas por teóricos de otras escuelas de pensamiento (post-keynesianos, principalmente).

Como hemos visto, este enfoque, tal como lo presentamos aquí, se asocia a la esfera de la producción. Esto condujo a Sherman (1979) a plantear que, en realidad, el enfoque de estrangulamiento de ganancias no contempla el rol activo que tiene el salario en la esfera de la circulación. El autor expone que si bien los incrementos de salarios representan un aumento de los costos de producción para el capital, por otra parte los asalariados gastan

⁵ Desde un enfoque similar, los *radicals* americanos plantean el rol que posee la recesión para disciplinar a los trabajadores y lograr imponer una mayor intensidad del trabajo que permite incrementar el excedente y reiniciar el ciclo (Bowles y Edwards, 1990). Se destaca así la contrapartida microeconómica que posee la lucha de clases como determinante del ciclo económico.

el ingreso salarial en bienes y servicios, lo cual permite incrementar las posibilidades de realización del valor. Esta intuición, como vimos, es estudiada en profundidad por las perspectivas keynesianas, y está en la base de las explicaciones del ciclo como insuficiencia del consumo (subconsumo).

El conflicto distributivo en el esquema post-keynesiano

Dos debilidades atraviesan los modelos keynesianos mencionados en la sección precedente. La primera surge del hecho de que se focalizan en una función de inversión basada en una fórmula rígida, con poco margen para los cambios de expectativas y/o de juicio de los empresarios sobre el futuro (Estey, 1962). La segunda se relaciona con el hecho de que se encuentran totalmente enfocados en las fluctuaciones del mercado de bienes e ignoran los efectos de los salarios reales sobre el ciclo del empleo (Skott, 1989). En este último aspecto, el aporte de Goodwin (1951) y, más recientemente, de Bhaduri y Marglin (1990) sobre la relación entre salarios reales y empleo pueden ser de gran utilidad para terminar de comprender el ciclo del empleo y su relación con la demanda.

Para Bhaduri y Marglin (1990) los movimientos en los salarios reales en una economía cerrada afectan la demanda efectiva a través de dos canales que actúan en sentido contradictorio sobre el consumo y la inversión. El primer efecto surge de asumir que la propensión marginal a consumir de los trabajadores es mayor que la de los capitalistas y, por lo tanto, un aumento en los salarios reales incrementará el consumo y la demanda agregada (Keynes, 1936; Kalecki, 1971). El segundo tiene que ver con el hecho de que la caída en los márgenes de beneficios por unidad de producto (como consecuencia del aumento en el salario real) disminuye la propensión a invertir y deprime el ciclo de la inversión.

Finalmente, si el primer efecto domina nos encontraremos frente a un régimen impulsado por los salarios (*wage-led*) (Steindl, 1952), con salarios reales procíclicos, pero si, por el contrario, el efecto sobre la inversión prevalece, estaremos frente a un régimen impulsado por las ganancias (*profit-led*) con salarios reales contracíclicos.

Esta forma de mostrar el rol de los salarios como costo de las empresas (a través de su efecto sobre el margen de ganancias) y como elemento importante de la demanda efectiva (a través del consumo) se refleja en el comportamiento de los beneficios totales de las empresas (B_t), que están compuestos por el margen de beneficios por unidad de producto (m) multiplicado por la cantidad de productos que venden (z_t). En este caso, el salario como costo se refleja de manera inversa en (m) y como componente de la demanda en (z_t): $B_t = m \cdot z_t$

Al interior de cada uno de los regímenes podemos tener situaciones en las cuales trabajadores y capitalistas ganen en su conjunto (capitalismo cooperativo), o una situación

en la cual uno gane a costa del otro, exacerbando el conflicto entre el capital y el trabajo (Bhaduri y Marglin, 1990).

En un régimen de crecimiento impulsado por los salarios, el incremento de los mismos puede aumentar o disminuir los beneficios del capital, dependiendo de si el aumento en las unidades vendidas compensa o no la caída en el margen. Si no lo compensa estamos en un caso de *profit squeeze*, lo que genera un conflicto de intereses entre el capital y el trabajo, reflejado en el mediano plazo en un problema de subinversión que restringirá la oferta. Por el contrario, si el aumento del salario real genera un incremento en los beneficios totales, ambas clases ganan.

Cuando el régimen es *profit-led* sucede exactamente lo contrario, la demanda y la tasa de ganancias crecen con una disminución en el salario real. En este escenario la masa de salarios puede aumentar, si la caída en el salario real es más que compensada por el incremento en el empleo, o disminuir en el caso contrario. Si domina la segunda situación, el ahorro forzoso por parte de los trabajadores provocará una crisis de sobreinversión en el mediano plazo.

Por último, independientemente de cuál sea la situación, el crecimiento impulsado por los beneficios genera conflictos entre los trabajadores empleados, cuyos salarios reales disminuyeron, y los trabajadores desempleados que ocupan los puestos de trabajo creados a partir de la disminución del salario real.

En el caso de economías abiertas al comercio internacional se debe agregar a los efectos anteriores el impacto de este nuevo canal comercial sobre la demanda efectiva. Más específicamente, se atenderá a las consecuencias de las modificaciones en el tipo de cambio real (TCR) sobre los precios relativos y la distribución del ingreso.

Por el canal de los precios relativos o de la competitividad externa, una depreciación (apreciación) del TCR será expansiva (contractiva) de la actividad económica interna siempre que la suma de las elasticidades precios de la demanda por exportaciones e importaciones sea mayor (menor) a uno en valor absoluto.⁶

Por el canal de la distribución del ingreso, si la depreciación incrementa los precios internos por encima de los salarios, sus efectos serán expansivos si el régimen de demanda se encuentra impulsado por los beneficios y recesivos en el caso contrario.

Al combinar ambos efectos sobre la demanda efectiva se concluye que, si el régimen de demanda es *wage-led* y se cumple la condición Marshall-Lerner (M-L), el efecto expansivo de la devaluación vía competitividad externa puede compensar el impacto recesivo de la

⁶ La condición Marshall-Lerner (M-L) en su versión simplificada establece que $|\eta_{TCR,exp} + \eta_{TCR,imp}| > 1$. Los supuestos implícitos en la misma son: 1) competencia perfecta en el mercado de bienes y de trabajo y 2) elasticidad perfecta de la oferta externa de bienes importados y de la oferta interna de bienes exportables.

disminución en el salario real. Por el contrario, si el régimen de demanda es *profit-led* y se cumple la condición M-L, ambos efectos son expansivos. No obstante, si no se cumple la condición M-L, el canal de precios relativos es recesivo frente a una depreciación del tipo de cambio real y, por lo tanto, actúa de manera inversa a la forma descripta previamente (Bhaduri y Marglin, 1990).

Los desequilibrios productivos y sus implicancias cíclicas

Además de las mencionadas, existen otras perspectivas que explican las oscilaciones del producto y el empleo a través de contradicciones propias de la producción capitalista, explicaciones que exceden los aspectos distributivos y sus conflictos asociados. Para estos enfoques, la dinámica de la competencia capitalista, la lógica anárquica y no planificada de la producción y las estructuras productivas desequilibradas son causas primigenias de los ciclos de auge y recesión.

La competencia capitalista y la sobreacumulación de capital

Las diferentes lecturas acerca de la tendencia decreciente de la tasa de ganancia en el enfoque de Marx pueden interpretarse como aproximaciones teóricas de las fluctuaciones del valor producido y el empleo, centradas en la esfera de la producción. Es decir, los ciclos de auge y recesión son determinados, más allá del comportamiento de la demanda que los magnifica o suaviza, por las relaciones de producción, las formas que toman los procesos productivos y la lógica de competencia entre capitales (Eagly, 1972).

En este sentido, los auges y recesiones en las economías capitalistas resultan de la interacción de dos variables centrales: la composición del capital (C/V) y la tasa de plusvalor (S/V). La tasa general de ganancia (π) —o tasa de ganancia *á la Marx*— no es más que el cociente entre la *masa de plusvalor* apropiado por la clase capitalista en su conjunto y el *capital adelantado*, tanto constante (C) como variable (V), esto es: $\pi = \frac{S}{C + V}$.

Más allá de diferencias puntuales, la mayoría de los enfoques marxistas que explican los ciclos asumiendo una dinámica intrínseca que conduce a la sobreacumulación de capital asumen una tendencia clave en la economía capitalista: el incremento de la composición orgánica del capital.

En los auges, los capitales individuales se ven forzados por la competencia con otros capitales a incrementar la fuerza productiva del trabajo (productividad laboral) para reducir los costos laborales unitarios y, a su vez, el precio de las mercancías que producen. Esto se logra, principalmente, a través de la incorporación de nueva maquinaria al proceso productivo. Así, mediante el incremento de la productividad que la maquinaria permite, el capital tiende a desvalorizar las mercancías que produce y reducir los costos (laborales y

no laborales) de manera tal de obtener una rentabilidad mayor a la media de la rama en la que se desempeña.

Más allá del acuerdo existente sobre este punto, la interpretación de Mandel (2005) difiere de la de Shaikh (1992) en lo que respecta a la evolución cíclica de la rentabilidad y, por tanto, de la producción de valor. De acuerdo con Mandel (2005), en un período de auge es posible que la tasa general de ganancia se incremente, aun cuando la composición orgánica del capital esté aumentando de manera tendencial. Esta dinámica virtuosa de la tasa de ganancia se debe a que la incorporación de maquinaria permite, durante una fase de crecimiento del valor producido, aumentar la tasa de plusvalor a través de un incremento más acelerado de la productividad respecto de la masa salarial (extracción de plusvalor relativo). De esta manera, la tasa de ganancia crece aun cuando la proporción de trabajo muerto (maquinaria) sobre trabajo vivo (fuerza de trabajo) se incrementa (Mandel, 2005). Sin embargo, existe un límite objetivo a este incremento en la tasa de ganancia. Cuando comienza a agotarse el ejército de reserva, es decir, cuando no existe fuerza de trabajo disponible, el crecimiento del valor de producción se estanca y, por tanto, la incorporación de maquinaria no permite incremento alguno del plusvalor en relación al capital variable. Por ello la tasa de ganancia se reduce, invalidando la valorización y, por tanto, conduciendo a una recesión.

Este ciclo descrito por Mandel es cuestionado por Shaikh (1992) al plantear que, en realidad, debe describirse de manera diferenciada el comportamiento de la *tasa general de ganancia* (o tasa básica) de la dinámica que sigue la *tasa efectiva de ganancia*. La primera de ellas es decreciente debido a la tendencia al incremento en la composición orgánica del capital que la lógica de la competencia genera. Por otra parte, la tasa efectiva de ganancia es aquella que se obtiene con niveles de utilización de la capacidad por debajo de los «normales». ⁷ Mientras que la tasa de ganancia general se calcula con una utilización de la capacidad instalada normal, la tasa efectiva refleja la posibilidad de que coyunturalmente (en un ciclo corto) el capital mejore su rentabilidad, aun cuando en el largo plazo la tasa de ganancia sea decreciente.

Se destaca en este planteo que en realidad la tendencia decreciente de la tasa de ganancia no nos permite dar cuenta del momento exacto en que se produce el pasaje de una fase de auge a una de recesión. Dado que la economía capitalista tiene su fundamento en la creación de plusvalor, es de esperar que en una economía dominada por el capital el crecimiento de la producción se encuentre asociado al incremento de la masa de plusvalor (por tanto de la masa de ganancia) de manera tal que el estancamiento de la producción de valor es consecuencia del estancamiento en la masa de ganancia y no de la caída tendencial

⁷ Con tasas de utilización inferiores a las normales se tiene en cuenta cuál es el promedio histórico de la utilización de la capacidad. Si la capacidad instalada se utiliza por debajo de dicho promedio, Shaikh (1992) considera que existe subutilización.

de su tasa. Así, la fase de auge del ciclo comienza a mostrar sus límites a medida que la tasa de ganancia decreciente en el largo plazo influye sobre la masa de ganancia.

En la interpretación de Shaikh (1992), la tasa efectiva de ganancia puede incrementarse aun cuando la tasa general sea decreciente y lo mismo ocurre con la masa de ganancia. La masa efectiva de ganancia puede aumentar más rápidamente que la masa básica a causa de una mayor utilización de la capacidad (por ejemplo, mejora sustancial en el volumen de ventas). Sin embargo, el estancamiento de la masa básica de ganancia provoca el colapso de la acumulación en general y el comienzo de la fase crítica.

En este sentido, la idea que plantea el autor es que aun cuando exista la posibilidad de obtener rentabilidad positiva para un capital individual o para una rama, el estancamiento de la producción social (agregada) de plusvalor implica la desaparición de las posibilidades de invertir capital rentablemente.

Más allá de las diferencias que hemos señalado, durante la fase de auge la necesidad de competir entre los capitales a través de la desvalorización general de las mercancías se expresa como un incremento en la utilización de maquinaria en relación a la fuerza de trabajo a lo largo del proceso productivo (incremento de la composición orgánica). Este aumento de la composición orgánica se manifiesta, a su vez, en una capacidad productiva del trabajo más elevada, que permite mejorar la tasa de ganancia vía una mayor explotación laboral. La tendencia a la (sobre)incorporación de maquinaria en el proceso productivo conduce a la sobreacumulación de capital y, por tanto, a una sobreproducción generalizada, provocada por el estancamiento de la masa de ganancia, que representa el fundamento de la producción capitalista. Esta interpretación general no niega, sin embargo, que «El perfil exacto de la fase larga depresiva dependerá de factores concretos y coyunturales...» (Shaikh, 1992: 41). Son precisamente algunos de estos factores que se consideran secundarios desde esta lectura de la teoría de Marx los que toman relevancia en las perspectivas que comentamos a continuación.

Crecimiento desproporcionado entre sectores

Una última explicación del ciclo desde la perspectiva marxista se encuentra en el enfoque del crecimiento no proporcional de los sectores o ramas de la producción. Este tipo de ciclo, si bien se centra en un análisis sobre la acumulación diferencial entre sectores productivos (esfera de la producción), está basado en los esquemas de reproducción que comentamos previamente y, por tanto, se solapa con una lectura «circulacionista», pues relaciona la producción desequilibrada entre sectores a la incapacidad de absorción de bienes de producción por parte del sector productor de bienes de consumo.

La teoría de los ciclos generados por desproporciones se desarrolla sobre la crítica a las visiones del subconsumo que ya existían a fines del siglo XIX y principios del XX. El análisis

subconsumista requiere del supuesto de que el capital tiene por objeto la producción de bienes y servicios para la satisfacción de necesidades (valores de uso) y que por intermedio del consumo social realiza su ganancia. Los teóricos que postulan la noción de desproporcionalidad (entre ellos Tugan-Baranowsky) descartan absolutamente este supuesto de que el «deber ser» de la producción capitalista sean los valores de uso. En la interpretación de Tugan-Baranowsky (1991), la imposibilidad de generación de ganancias (valorización) que conduce al estancamiento en la acumulación y la posterior recesión es producto de la anarquía de la producción capitalista. En opinión del autor, el consumo tiene escasa relevancia sobre la dinámica del capital y el crecimiento de las ramas I y II –de bienes de inversión y de consumo, respectivamente– no tiene por qué ser equilibrado (proporcionado). La necesidad del capital de autoexpandirse a través de la inversión de parte del plusvalor en maquinaria y equipo, que significan gastos/ingresos en bienes producidos de la rama I, lleva a un exceso de acumulación de capital en dicha rama (sobreproducción) que excede significativamente la capacidad de absorción de la rama II del capital constante producido. Es decir, la tendencia al incremento del capital constante lleva a que se produzcan más bienes de inversión de los que puede absorber la industria de bienes de consumo.

Mediante la inclusión del sistema de crédito, Tugan-Baranowsky completa el análisis del ciclo económico. En primer lugar, durante la depresión el capital se sobreacumula sin valorizarse. Esto significa que en esta fase del ciclo existe un importante monto de capital disponible para otorgar préstamos. Dado este punto de sobreacumulación, la tasa de interés, que representa la manifestación de la ganancia del capital ficticio (financiero), se reduce y esto permite el acceso al crédito de nuevos inversores para realizar nuevos proyectos. Este nuevo pasaje del capital en su forma ficticia a su forma productiva (maquinaria y equipo) favorece la recuperación. La anarquía de la producción conduciría nuevamente a una sobreacumulación en un sector y al reinicio del ciclo descrito.

Estas ideas de Tugan Baranowsky fueron profundizadas luego por Hilferding (1985). Este último autor destaca que las diferencias en la intensidad del capital entre ramas provocan rezagos estructuralmente diferenciales en la expansión productiva de cada rama. En la rama I la composición e intensidad del capital se incrementa de manera más acelerada, provocando un rezago temporal en las nuevas inversiones que se realizarán. Dado el gran incremento de la capacidad productiva de la rama I, no resultan necesarias las nuevas inversiones de manera inmediata. Estas demoras en la inversión en capital constante generan un desfase entre la oferta y la demanda de medios de producción, lo cual provoca una dinámica de precios heterogénea entre ramas, puesto que en la rama I los precios crecen más rápido que en la rama II. Los incrementos más acelerados de precios en la rama I profundizan la dinámica desproporcionada de las inversiones hacia dicha rama, lo cual conduce a una sobreacumulación de capital y, finalmente, a la caída de la rentabilidad del capital

y la recesión consecuente. La desvalorización generalizada de las mercancías, sumada a la concentración y centralización del capital, permite incrementar la eficiencia productiva y así reactivar el ciclo a través de recomposición del plusvalor.

De esta manera, la explicación de los ciclos por desproporciones parte de un razonamiento similar, en lo que respecta a la dinámica sectorial de la producción capitalista, al que plantea el enfoque del subconsumo. Basándose en los esquemas de reproducción que Marx desarrolla en el tomo II de *El capital*, ambas perspectivas intentan explicar los ciclos endógenos de las economías dominadas por el capital a partir del crecimiento acelerado y desproporcionado de aquella rama dedicada a la producción de maquinarias y equipos durables.

Los enfoques del subconsumo y el crecimiento desproporcionado difieren, sin embargo, en dos cuestiones importantes. Por un lado, los enfoques subconsumistas destacan la importancia de la producción de bienes de consumo como el principal objetivo del capital, mientras que los enfoques de las desproporciones le otorgan menor relevancia al consumo como determinante del ciclo económico y enfatizan en el carácter anárquico de la producción capitalista. Por otra parte, el enfoque de las desproporciones, a diferencia de lo que ocurre en la perspectiva subconsumista, presta principal atención al rol de la demanda intermedia de medios de producción. El crecimiento desigual de los sectores genera una sobreproducción de maquinaria y equipo en relación a lo que puede absorber la rama que produce bienes de consumo, y no una insuficiencia de demanda de bienes finales.

Los ciclos de «arranque y parada» propios de las estructuras productivas latinoamericanas

Desde los años sesenta numerosos autores analizan las relaciones entre el tipo de cambio, las cuentas externas, el nivel de actividad, la estructura productiva y el mercado de trabajo, destacando la «restricción externa» derivada de recurrentes déficit en la balanza comercial —producto a su vez de la particular estructura productiva del país— que frenaban el crecimiento económico (Braun y Joy, 1968; Díaz Alejandro, 1969; Diamond, 1972; Canitrot 1975). En el *modelo estándar* planteado por los autores estructuralistas solo existen dos sectores:⁸ 1) un sector agropecuario, que trabaja a pleno empleo (por lo que a corto plazo su oferta es fija) y puede vender su producto tanto en el mercado interno como exportarlo; 2) un sector industrial, que necesita bienes de capital e insumos importados para producir, solo produce para el mercado interno y tiene desempleo cuando la demanda es insuficiente. La demanda de bienes de consumo de ambos sectores proviene tanto de asalariados como

⁸ El modelo de Braun y Joy incluye un tercer sector de servicios, pero dado que ni se exportan ni requieren insumos importados, la devaluación no tiene efectos inmediatos sobre sus precios.

de capitalistas, pero mientras la demanda de los capitalistas es fija (no depende del precio de los bienes ni de sus ingresos) no ocurre lo mismo con la de los asalariados. La demanda de bienes de inversión depende exclusivamente del nivel de actividad del sector industrial, nivel que depende del consumo (principalmente de los asalariados). Además se supone que los asalariados no ahorran, solo los capitalistas lo hacen. Otro supuesto del modelo es que la demanda interna de bienes agropecuarios es inelástica a precios (por su carácter de bienes de primera necesidad), mientras que la demanda externa es infinitamente elástica (absorbe todo lo que se quiera vender al precio internacional). Los precios internos del sector van a depender entonces del precio internacional y del tipo de cambio (variable de política económica) y no de la oferta y demanda doméstica; de manera tal que un aumento en la demanda interna va a derivar en una transferencia desde las exportaciones hacia el mercado interno (a precio constante) y no en un alza de precios del sector. Por su parte, los empresarios industriales mantienen el valor unitario de sus beneficios, de forma tal que ante cambios en la demanda modifican las cantidades producidas y vendidas sin alterar los precios, lo que sí hacen (proporcionalmente) ante aumentos en los insumos o los salarios.

La dinámica del ciclo suele sintetizarse de la siguiente manera: una etapa de crecimiento económico implicaba aumento en el empleo, los salarios nominales y consecuentemente en el consumo doméstico, lo que generaba mayor demanda de bienes industriales (que eran fuertemente dependientes de maquinaria e insumos importados) y de bienes derivados del sector agropecuario (que eran la base de las exportaciones). De esta manera, se elevaban las importaciones y se reducían las exportaciones (al subir el consumo interno), afectando la balanza comercial. Esto generaba una escasez de divisas que imposibilitaba continuar creciendo (punto más alto del ciclo).

¿Cómo se resolvía la restricción externa? Para equilibrar la balanza comercial se devaluaba la moneda, lo cual generaba un aumento en los precios (en moneda doméstica) de los bienes comercializables (importados y exportables), que provocaba dos efectos:

1. Una caída del salario real, que provoca un descenso en el consumo de los bienes comercializables. Como la demanda de bienes agropecuarios es más inelástica que la correspondiente a bienes industriales, se reduce principalmente el consumo de bienes industriales.⁹ La baja en la demanda del sector industrial lleva a una baja en la producción y en el empleo. De esta forma se genera una situación recesiva.

2. La suba en los precios de los bienes importados da lugar a un proceso de sustitución de importaciones, lo que provoca un aumento en la actividad y el empleo de estos

⁹ El supuesto que comparten los autores mencionados es que la propensión al consumo de los asalariados es mayor que la correspondiente a los capitalistas, y la devaluación implica una transferencia desde los asalariados hacia los productores del bien exportable.

sectores. A su vez, el incremento en el precio de los bienes exportables tiende a aumentar las exportaciones, incentivando la producción y el empleo en estos sectores.

Sin embargo, ambos efectos no actúan con la misma intensidad a lo largo del tiempo: «mientras la resignación de recursos no es instantánea —ya que implica traslados de capital y trabajo desde ciertas actividades hacia otras, cierre de fábricas y apertura de otras—, la caída en los salarios asegura que el impacto en el consumo sea inmediato» (Carciofi, 1986). De esta manera, la baja salarial conduce a una disminución en el consumo de bienes comercializables —disminuyen las importaciones y aumenta el saldo exportable—, situación que tiende a revertir la balanza comercial negativa, y la entrada de divisas posibilita un nuevo proceso de crecimiento.

Porto (1975) agrega al modelo el efecto derivado de la disminución en el valor real de los saldos monetarios: al aumentar los salarios o el tipo de cambio se incrementa el nivel general de precios, disminuyendo en la misma proporción el valor real de la cantidad de dinero, lo que provoca un aumento en la tasa de interés que disminuye la inversión, la producción industrial y el ingreso real. En el marco de esta dinámica solía sostenerse que los aumentos de salario eran incompatibles con el crecimiento porque exacerbaban los desequilibrios en la balanza comercial, visión que justificó la implementación de políticas de control salarial frente a las crisis de balanza de pagos. Estas explicaciones centraban su argumentación en torno de la discordancia entre el consumo popular (asalariado) y la restricción externa. Sin embargo, Cortés y Marshall (1986) cuestionaron fuertemente la existencia de tal relación de causalidad, destacando: 1) que la oferta de productos agropecuarios no es inelástica como supone la explicación estándar (solo el sector ganadero lo es); 2) que se subestima la incidencia del consumo de los no asalariados y de los sectores de mayores ingresos, y 3) que el aumento en las importaciones depende más de las necesidades de las empresas manufactureras que del aumento en el consumo de los asalariados.

Finalmente, resulta muy interesante la visión que relaciona el ciclo económico con las alianzas políticas que se tejen en cada período. En períodos de recesión se forma una alianza entre asalariados e industriales que propone una política expansiva (al existir recursos ociosos favorece tanto salarios como beneficios industriales). Al aproximarse al pleno empleo los intereses conflictivos van reemplazando a los complementarios —en un contexto inflacionario, producto de utilizar el salario como impulsor de la demanda— y se genera una nueva alianza entre la burguesía industrial y agropecuaria que lleva adelante un programa recesivo. De esta manera, las fluctuaciones económicas serían la expresión del conflicto de clases (Canitrot, 1975).

En síntesis, nuestra mirada busca reflexionar en torno a la dialéctica entre las esferas de producción y circulación para comprender la dinámica del ciclo económico de una economía

periférica. Esboza un intento por superar la sobrevaloración de la esfera de la circulación que caracteriza las perspectivas neoclásica y keynesiana, y la trascendencia excluyente de la esfera de la producción en muchos análisis de autores marxistas.

Una aproximación a los ciclos en la economía argentina

Durante el período 1993-2009 podemos verificar al menos tres fases de fluctuaciones del producto asociadas a la dinámica típica de los ciclos de auge-recesión: el período de auge de la convertibilidad (1993-1998), la fase recesiva de la convertibilidad (1998-2002) y la fase de crecimiento de la posconvertibilidad, que muestra cierta desaceleración en 2009 (2003-2009).

¿Cuáles son los fundamentos de cada una de estas fases del ciclo descrito? En la sección precedente hemos expuesto una serie de enfoques teóricos que nos permiten interpretar las fluctuaciones cíclicas por factores que corresponden a dos esferas que se determinan mutuamente: la esfera de la producción y la esfera de la circulación de mercancías. En esta sección intentamos aportar algunos elementos desde los enfoques teóricos estudiados para dar cuenta de los ciclos del producto y del empleo a los que estuvo sujeta la economía argentina en el período bajo estudio.

El ciclo económico y su relación con la sobreacumulación

En términos agregados, es posible caracterizar al ciclo de auge y recesión de los años noventa mediante un enfoque de sobreacumulación de capital. Como hemos mencionado, desde esta perspectiva la dinámica de la producción en las economías capitalistas se encuentra asociada a la evolución de la tasa de ganancia. En el período de auge de la convertibilidad (1993-1997) podemos apreciar una tasa general de ganancia creciente. Sin embargo, esta valorización exitosa de la fase de auge del ciclo de los noventa se revierte hacia 1998, llegando a un piso en 2001. De ahí en más, la tasa general de ganancia se eleva —a través de la devaluación del peso en 2002— en un 88 por ciento¹⁰ respecto del 2001, iniciando un nuevo ciclo exitoso de valorización. Para el período 2002-2009 el nivel de la tasa general de ganancia se encuentra un 23 por ciento por encima del promedio observado durante la vigencia del régimen convertible del peso.

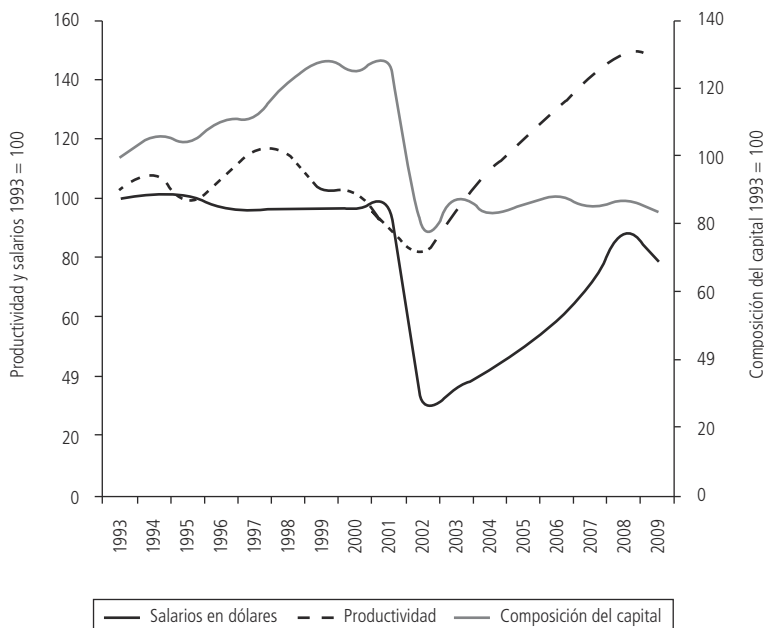
Esta dinámica de la tasa de ganancia presentó las características típicas de un ciclo provocado por la sobreacumulación de capital. En la etapa «exitosa» de la convertibilidad

¹⁰ Calculamos en este trabajo la tasa general de ganancia como el cociente entre la parte del valor agregado no apropiado por los asalariados sobre el stock de capital de la economía calculado por la Dirección Nacional de Cuentas Nacionales del Instituto Nacional de Estadística y Censos (Indec).

(1993-1998) la composición orgánica del capital aumentó sostenidamente (línea gris del gráfico 1). Este incremento de la composición orgánica, que es producto de la competencia capitalista por reducir los costos y los precios de las mercancías, permitió durante dicho período un incremento de la productividad muy superior al de los salarios en dólares (línea negra del gráfico 1), lo cual se tradujo en un aumento en la explotación laboral (relativa) que logró compensar la reducción de la masa de ganancia que genera el desplazamiento de fuerza de trabajo por maquinaria.¹¹

Gráfico 1

**Evolución de la productividad, los salarios reales y la composición del capital
 Período 1992-2009 (índice base 1993=100)***



*Nota: los salarios en dólares se calculan a partir del índice de Indec, deflactando por el tipo de cambio nominal oficial publicado por el Banco Central de la República Argentina (BCRA). La productividad se obtuvo a través de índice de volumen físico de la industria manufacturera publicado por Indec. La composición del capital se calculó como el cociente entre el stock de capital –sin considerar la construcción residencial y en dólares– y el empleo asalariado total.

Fuente: elaboración propia con base en datos de Dirección Nacional de Cuentas Nacionales (DNCN)-Indec.

¹¹ La tasa de explotación –medida a través del cociente (valor agregado bruto menos masa salarial)/masa salarial– se incrementó entre 1993 y 1998 en un 29 por ciento, de acuerdo a los datos de la DNCN-Indec. Esta perspectiva acorde a las categorías propuestas por Marx fue propuesta para la aproximación empírica por Shaikh y Tonak (1994).

Como se ve en el gráfico 1, la composición orgánica continuó incrementándose durante la recesión (1998-2001), sin lograr detener la caída de la productividad laboral que comenzaba a producirse. Es en este punto donde puede describirse el agotamiento del incremento de las ganancias a través de la incorporación de maquinaria y equipo. Es así que el retroceso de la productividad significó para el capital en su conjunto una caída de la tasa de ganancia y, a su vez, un estancamiento de la producción de plusvalor, es decir, un estancamiento de la masa de ganancia. La variación de la masa de ganancia en el período 1998-2001 fue —en promedio— del -3,4 por ciento anual, mientras que durante el período 1993-1998 la misma se incrementó en un 8,8 por ciento promedio anual.¹²

Esta imposibilidad de valorización del capital solo fue resuelta a través de la desvalorización generalizada de las mercancías, incluso del capital constante invertido. Con base en los indicadores presentados, podemos inferir que no es inverosímil pensar el proceso de auge-recesión 1993-2002 como un ciclo de fuerte sobreacumulación de capital que, a través de la crisis y su salida devaluatoria, resolvió dicha tendencia mediante la desvalorización, sobre todo, del salario.

Esta descripción del ciclo es, sin embargo, muy general y no permite dar cuenta de ciertas características diferenciales de la economía argentina en el período en cuestión. Para hacer más concreto el análisis del ciclo debemos prestar atención a las particularidades sectoriales y de inserción externa de la economía argentina.

Las desproporciones sectoriales en la dinámica de corto plazo

Desde el punto de vista de los componentes de la demanda agregada, los ciclo de la convertibilidad y posconvertibilidad tuvieron un comportamiento previsible, en el sentido de que la inversión se comportó de manera más volátil que el consumo. Este hecho está en línea con la idea keynesiana de que las variaciones en la demanda de inversión son la causa fundamental de las fluctuaciones cíclicas, a través de los mecanismos descritos relacionados al multiplicador-acelerador. Desde este enfoque, el nivel de actividad económica oscila porque varía la demanda agregada, pero mientras el consumo parece ser relativamente estable (varía conjuntamente con el ingreso), la inversión fluctúa fuertemente porque depende de las previsiones volátiles de los empresarios.

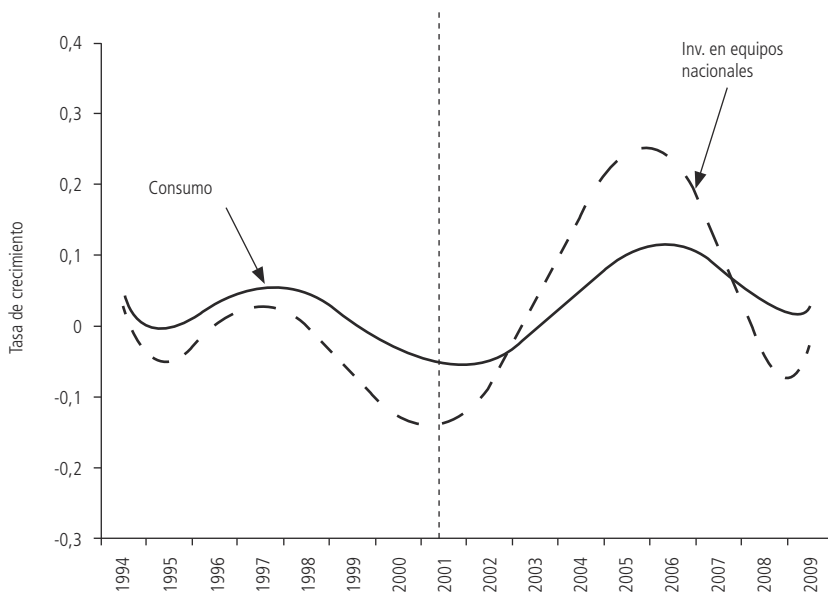
Sin embargo, si separamos de la demanda de bienes de inversión el componente de importaciones y nos quedamos solamente con la parte de la misma que se abastece localmente (que es la que genera el efecto multiplicador sobre el ingreso y el empleo) la conclusión es diferente. En este caso, ambos períodos muestran un comportamiento dispar: mientras que

¹² Fuente: DNCN-Indec.

durante la convertibilidad la demanda de bienes de inversión producidos internamente creció menos que el consumo, incluso en la fase expansiva del ciclo, en la posconvertibilidad su variación fue similar a la de la inversión total (gráfico 2). Esto muestra que dicho componente de la demanda agregada puede ser un aspecto importante en la explicación del segundo ciclo, pero no en el caso del primero, donde se observó un subdesarrollo relativo importante en la industria de este tipo de bienes y, como contracara, una expansión significativa del sector financiero especulativo.

Gráfico 2

**Ciclo de la inversión en equipos durables nacionales y del consumo agregado
 Período 1993-2009**



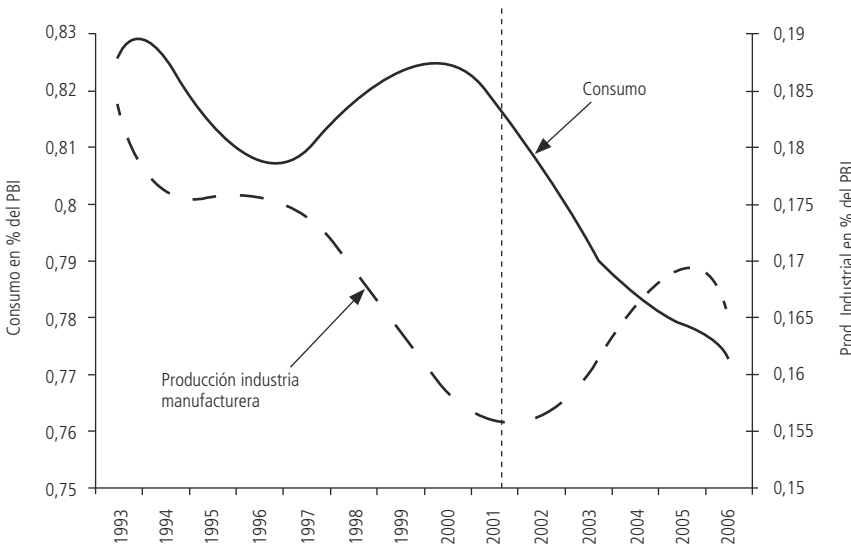
Fuente: elaboración propia en base a datos de DNCN-Indec.

La importancia que tiene desarrollar la industria doméstica de bienes de inversión para evitar las fluctuaciones violentas en la actividad económica de corto plazo no es nueva. Como se destacó en la sección teórica, para la teoría estructuralista latinoamericana el crecimiento relativo de este sector era uno de los principales requisitos para evitar los ciclos de *stop and go*, propios de un tipo de inserción internacional exportadora de bienes primarios e importadora de bienes industriales. Mientras tanto en los esquemas de

reproducción de Marx se subrayó la importancia de un desarrollo «proporcionado» entre la industria de bienes de inversión y de consumo para evitar las crisis originadas en las desproporciones sectoriales.¹³

A partir de esta perspectiva, el gráfico 3 muestra que desde el año 1996 hasta el final de la convertibilidad el consumo agregado creció (hasta llegar a un 83 por ciento de participación en el PBI durante el año 2000), mientras que la producción de la industria manufacturera doméstica de bienes de consumo e inversión disminuyó –hasta representar un 15 por ciento del PBI en el año 2001–. Este desequilibrio entre la oferta interna de bienes y la demanda –reflejado en los saldos deficitarios de la cuenta corriente– se corrige, luego de la devaluación, a través de una caída importante del consumo¹⁴ y una recuperación afín en la producción industrial (gráfico 3).

Gráfico 3
Dinámica del consumo y de la producción industrial
Período 1993-2009



Fuente: elaboración propia en base a datos de DNCN-Indec.

¹³ La teoría schumpeteriana de la innovación destaca también la importancia de este tipo de industrias en la generación y difusión del progreso técnico.

¹⁴ Ocasionada por una caída en el salario real.

Nuevo ciclo, viejas tensiones: el conflicto distributivo y la restricción externa

Con base en lo expuesto, podemos apreciar que los efectos de la sobreacumulación de capital y las desproporciones sectoriales sobre el ciclo económico fueron parcialmente matizados luego de la devaluación del peso. Sin embargo, surgen nuevas tensiones a tener en cuenta. En este sentido, la devaluación, y el ajuste salarial real que implica, resuelve las presiones del comercio exterior generadas en la etapa de las desproporciones sectoriales a través del efecto que genera en la circulación la caída en el consumo. Por otra parte, resuelve momentáneamente las tensiones de la sobreacumulación de capital constante, desde la esfera de la producción, al disminuir los costos salariales o capital variable. Desde esta perspectiva, el nuevo ciclo atenúa las contradicciones previas, pero parece renovar viejos problemas señalados por el estructuralismo latinoamericano con relación al conflicto distributivo, la inflación y la sostenibilidad externa.

En primer lugar, a pesar de que las exportaciones han mostrado un aumento sostenido durante todo el período (independientemente de la evolución del nivel de actividad interno¹⁵), la restricción externa sigue siendo un problema latente. Durante la convertibilidad prácticamente se ha desmantelado la industria de bienes de capital y de diversos insumos para la producción industrial, de manera que las importaciones industriales (maquinara e insumos) son considerablemente inelásticas a la baja. De hecho, luego de disminuir fuertemente por la devaluación, han aumentado vigorosamente en paralelo al crecimiento del PBI. De no ser por la mejora en los términos de intercambio (aumento del poder de compra de las exportaciones) la balanza comercial hubiera sido negativa durante 2008.

En segundo lugar, la devaluación determinó un fuerte aumento de precios y consecuentemente una reducción en los salarios reales de los trabajadores. Aunque desde el Gobierno se impulsó a partir de 2004 una mejora en los ingresos de los trabajadores, estos se encuentran por debajo de los correspondientes a diciembre de 2001 (previo a la devaluación del peso). De esta manera los salarios reales bajos son funcionales al sostenimiento del modelo de tipo de cambio real alto que ha generado un incipiente proceso de sustitución de importaciones.

Sin embargo, a partir de 2007 las subas salariales son trasladadas a precios por los empresarios, lo que generó una pérdida constante de competitividad en los sectores comercializables. Ante este escenario, las opciones para el Gobierno serían devaluar nuevamente (como durante 2009) para no perder competitividad frente a los países con los cuales comercia –pero al costo de una nueva baja en los salarios reales–, o bien apostar a una suba en los salarios reales que estimule el consumo interno, pero con la posibilidad de intensificar los riesgos de un ciclo *stop and go*.

¹⁵ Sólo disminuyen hacia fines de 2008 con el comienzo de la crisis internacional.

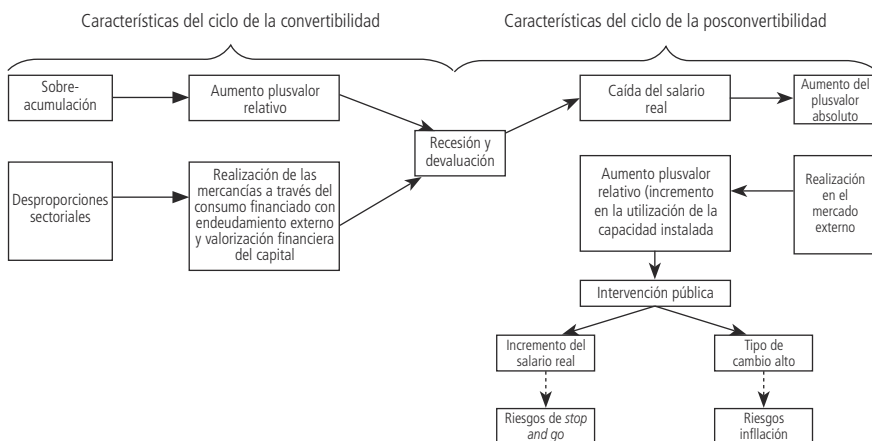
En la actualidad la discusión en torno a la suba salarial no sería –tal como planteaba el estructuralismo en los años sesenta y setenta– preponderantemente vinculada a los efectos de demanda y su relación con la balanza comercial (esfera de la circulación), sino más bien en torno a los efectos que la misma podría tener en relación con la dinámica costos-precios-tipo de cambio real (e implícitamente en la rentabilidad).

Retomando la perspectiva de Canitrot (1975), se renovarían la tradicional puja distributiva asociada a la devaluación, postergada por el alto nivel inicial del dólar y la mejora en los precios internacionales de las exportaciones, que permitieron, a su vez, sostener en el tiempo un superávit fiscal record (vía las retenciones a las exportaciones) que el Gobierno fue redistribuyendo hacia el mercado interno (vía subsidios, mejoras salariales y políticas de ingresos).

En síntesis, la diversidad de enfoques presentados nos permitió apreciar que el ciclo de la convertibilidad engendró, simultáneamente, dos contradicciones propias del capitalismo desarrollado. Por un lado, en el afán de las empresas por incrementar la tasa de explotación relativa generó un proceso de sobreacumulación de capital y, por el otro, el dólar barato incrementó la participación del consumo suntuario al mismo tiempo que desintegró la industria de bienes de inversión, generando una importante desproporción en el crecimiento relativo de ambos sectores. Esta «originalidad» de combinar un proceso de sobreacumulación de capital con el subdesarrollo de la industria local de bienes de inversión vuelve a la convertibilidad un ciclo propio de una economía periférica, en el sentido de que el mismo exagera las contradicciones del capitalismo de las economías centrales y lo vuelve más inestable (diagrama 1).

Diagrama 1

Resumen de las relaciones causales y de las contradicciones en los ciclos de la convertibilidad y posconvertibilidad



La inconsistencia de la propuesta liberal se resolvió en la posconvertibilidad con una importante devaluación que ajustó el salario real a la baja, incrementó el plusvalor absoluto y recuperó la tasa de ganancia. En este contexto, la desproporción sectorial se corrigió con una caída importante de la participación del consumo en el PBI, conjuntamente con cierta reactivación de la actividad manufacturera, mientras que la sobreacumulación de capital se ajustó por medio del incremento en la utilización de la capacidad instalada industrial. En este sentido, a diferencia de la reactivación de comienzos de los noventa, basada en el ingreso de capitales externos y el endeudamiento barato, la economía de la posdevaluación se reactivó impulsada por los bajos salarios (diagrama 1), tanto en relación al período previo como relativo a otros países.

Reflexiones finales

El estudio del ciclo en la Argentina actual nos obligó a recurrir a diversas teorías pensadas para explicar la dinámica cíclica en las economías centrales y a reinterpretarlas para comprender la dinámica de una economía periférica del siglo XXI.

En este sentido, el enfoque de las desproporciones y el de la sobreacumulación nos explicaron las contradicciones presentes en el ciclo de la convertibilidad y la forma en que fueron atenuadas a través de la devaluación. La misma reactivó los beneficios en el sector industrial y permitió una recuperación sensible en la producción manufacturera que, acompañada por una caída en el consumo —mediante la caída de los salarios reales—, achicó significativamente la brecha entre la demanda y la oferta. Dicha desproporción, que durante la convertibilidad se satisfizo con importaciones (y que fue una de las causas de la crisis de endeudamiento externo), no parece estar presente en el ciclo actual. A su vez, la caída del salario real resultante de la devaluación produjo un fuerte aumento en las ganancias. El ajuste devaluatorio corrige el desequilibrio externo y crea condiciones generales para una nueva expansión macroeconómica en tanto los salarios más bajos suponen una tasa de explotación más elevada y, por ello, dado el monto corriente del capital constante, un incremento en la tasa de ganancia potencial. De esta manera, se resuelve momentáneamente la sobreacumulación generada en 1993-2001.

Sin embargo, el nuevo ciclo plantea nuevas tensiones e interrogantes. Por un lado, la estrategia de tipo de cambio real alto (o salario bajo) encuentra límites en: 1) las posibilidades de realizar externamente las mercancías en un período de crisis internacional; 2) las presiones internas por mejorar los ingresos reales de los trabajadores, y 3) la especulación de las empresas en utilizar la protección cambiaria para incrementar los precios (las últimas dos opciones generan los riesgos inflacionarios). Por el contrario, la estrategia alternativa de mejorar el salario real y utilizar el consumo interno como política anticíclica encuentra limitaciones en: 1) la escasa capacidad del Gobierno para controlar los precios internos; 2) el

elevado nivel de apertura comercial y de extranjerización de las empresas; 3) la inserción internacional primario-exportadora, y 4) el escaso desarrollo de la industria de bienes de inversión local. Dichas restricciones imponen, al igual que en otras épocas, un límite externo al crecimiento.

Igualmente, retomando la idea del ciclo político de Canitrot podemos preguntarnos si existe un conjunto de precios relativos que permita el crecimiento continuo del empleo y los salarios y que además sea compatible con la restricción externa y la acumulación de capital. Coincidimos con este autor en que no es el desconocimiento de estos valores de equilibrio la causa de la inestabilidad, sino un problema político, dado que habría que suponer que todas las clases sociales convergen en una misma propuesta política. De esta manera, las fluctuaciones económicas serían una expresión del conflicto de clases; y los precios relativos (tipo de cambio real) serían resultado de la relación de fuerzas de cada grupo de interés (industrial, agropecuario y trabajadores) en cada período histórico.

Referencias bibliográficas

- Baran, Paul y Paul Sweezy** (1988). *El capital monopolista*, México, Siglo XXI editores.
- Bhaduri, Amit** (1991). *Macroeconomics. The Dynamics of Commodity Production*, Nueva York, M.P. Sharpe Inc. Armonk.
- Bhaduri, Amit y Stephen Marglin** (1990). «Unemployment and the real wage: The economic basis for contesting political ideologies», *Cambridge Journal of Economics*, vol. 14, pp. 375-393, Cambridge.
- Boddy, Raford y James Crotty** (1975). «Class conflict and macro-policy: The political business Cycle», *Review of Radical Political Economics*, vol. 7, pp. 1-19.
- Bowles, Samuel y Richard Edwards** (1990). *Introducción a la economía: competencia, autoritarismo y cambio en las economías capitalistas*, Madrid, Alianza Editorial.
- Braun, Oscar y Leonard Joy** (1968). «A model of economic stagnation—A case study of the Argentine economy», *The Economic Journal*, vol. 78, n° 312, pp. 868-887.
- Calvo, Guillermo, Alejandro Izquierdo y Ernesto Talvi** (2003). *Sudden Stops, the Real Exchange Rate and Fiscal Sustainability: Argentina's Lessons*, Inter-American Development Bank.
- Canitrot, Adolfo** (1975). «La experiencia populista de redistribución de ingresos», *Revista Desarrollo Económico*, 4to. trimestre, Buenos Aires.
- Carciofi, Ricardo** (1986). *Salarios y política económica*, Buenos Aires, IDES.
- Cortés, R. y A. Marshall** (1986). «Salario real, composición del consumo y balanza comercial», *Revista Desarrollo Económico*, vol. XXVI, n° 101, abril-junio.
- Devine, J.** (1983). «Underconsumption, over-investment and the origins of the Great Depression», *Review of Radical Political Economics*, vol. 15, n° 2, pp. 1-27.
- Diamand, Marcelo** (1972). «La estructura productiva desequilibrada argentina y el tipo de cambio», *Desarrollo Económico*, vol. 12, n° 45.

- Díaz Alejandro, Carlos** (1969). *Devaluación de la tasa de cambio en un país semi industrializado. La experiencia argentina 1955-1961*, Buenos Aires, Editorial del Instituto Torcuato Di Tella.
- Eagly, Robert** (1972). «A macro model of the endogenous business cycle in Marxist analysis», *Journal of Political Economy*, vol. 80, n° 3, pp. 523-539.
- Estey, James** (1962). *Tratado sobre los ciclos económicos*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Fanelli, Sebastián** (2011). «Reglas fiscales, ciclo y volatilidad macroeconómica», *Revista de Economía Política de Buenos Aires*, vols. 9 y 10, pp. 181-225.
- Goldstein, Jonathan** (1985). «The cyclical profit squeeze: A Marxian microfoundation», *Review of Radical Political Economics*, vol. 17, n° 1-2, pp. 103-128.
- Goodwin Richard** (1951). «The nonlinear accelerator and the persistence of business cycles», *Econometrica*, vol. 19, pp. 1-17.
- Harrod, Roy** (1936). *The Trade Cycle: An Essay*, Oxford, Clarendon Press.
- Hilferding, Rudolf** (1985). *El capital financiero*, Madrid, Tecnos.
- Kaldor, Nicholas** (1940). «A model of the trade cycle», *Economic Journal*, vol. 50, n° 197, pp. 78-92.
- Kalecki, Michel** (1971). *Ensayos escogidos sobre la dinámica de la economía capitalista 1933-1970*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Kaminsky, Graciela, Carmen Reinhart y Carlos Vegh** (2004). *When it Rains, it Pours: Procyclical Capital Flows and Macroeconomic Policies*, National Bureau of Economic Research, Working Papers Series n° 10780.
- Keifman, Saúl** (2005). «Tipo de cambio y empleo, a treinta años de Canitrot y Porto», *XL Reunión de la Asociación Argentina de Economía Política*, La Plata.
- Keynes, John Maynard** (1936). *The General Theory of Employment, Interest and Money*, Cambridge, Cambridge University Press/Royal Economic Society.
- Krugman, Paul y Lance Taylor** (1978). «Contractionary effects of devaluation», *Journal of International Economics*, n° 8.
- Kydland, Finn y Carlos Zarazaga** (1997). «Is the business cycle of Argentina 'different'?, *Economic Review*, pp. 21-36, Federal Reserve Bank of Dallas.
- Lavoie, Marc** (1997). «Real wages, employment structure, and the aggregate demand curve in a Kaleckian short-run model», *Journal of Post Keynesian Economics*, vol. 19, n° 2, pp. 275-88.
- Luxemburgo, Rosa** (2007). *La acumulación de capital*, Buenos Aires, Terramar Ediciones.
- Mandel, Ernest** (2005). *El capital. Cien años de controversias en torno a la obra de Karl Marx*, México, Siglo XXI editores.
- Marx, Karl** (2003). *El capital*, tomo I, vol. 2, México, Siglo XXI editores.
- Marx, Karl** (2007). *El capital*, tomo II, vol. 1, México, Siglo XXI editores.
- Porto, Alberto** (1975). «Un modelo simple sobre el comportamiento macroeconómico argentino en el corto plazo», *Desarrollo Económico*, n° 59, octubre-diciembre, Buenos Aires.
- Samuelson, Paul** (1939). «Interactions between the multiplier analysis and the principle of acceleration», *Review of Economic Statistics*, vol. 21, pp. 75-78.
- Sawyer, Malcolm** (1985). *The Economics of Michal Kalecki*, Armonk, New York, M.E. Sharpe.

Shaikh, Anwar (1992). «The falling rate of profit as the cause of long waves: Theory and empirical evidence», en A. Kleinknecht, E. Mandel e I. Wallerstein, eds., *New Findings in Long Wave Research*, Londres, Macmillan Press.

Shaikh, Anwar y Amet Tonak (1994). *Measuring the Wealth of Nations. The Political Economy of National Accounts*, Cambridge, Cambridge University Press.

Sherman, Howard (1979). «A Marxist theory of business cycle», *Review of Radical Political Economics*, vol. 11, n° 1, pp. 1-23.

Skott, Peter (1989). *Conflict and Effective Demand in Economic Growth*, Cambridge, Cambridge University Press.

Steindl, Joseph (1952). *Maturity and Stagnation in American Capitalism*, Oxford, Blackwell.

Sweezy, Paul (1982). *Teoría del desarrollo capitalista*, México, Fondo de Cultura Económica.

Tugan Baranowsky, Mijail (1991). «Crisis económica y producción capitalista», en Francisco Cabrillo, ed., *Lecturas de economía política*, Madrid, Minerva Ediciones.